

EL PROBLEMA POLÍTICO DE AMÉRICA LATINA

Luis Beltrán Martínez Thomas

"Los más graves problemas que se presentan actualmente emanan de la inorganicidad, especialmente funcional, en que se encuentran muchos países llamados genéricamente subdesarrollados..."

Ninguno de los sectores que desempeñan dentro de nuestras comunidades las funciones encaminadas a satisfacer las necesidades básicas del hombre llenan de manera adecuada el papel que les corresponde ni cumplen la función que les es propia.

La ineficiencia de los sectores acarrea la ineficiencia de la organización, con el resultado final de una comunidad insatisfecha, no realizada y sin capacidad de presencia en el ámbito internacional.

LAS CAUSAS DE LA INORGANICIDAD INSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS LATINOAMERICANOS SON EN BUENA MEDIDA EXTERNAS Y LA "DEPENDENCIA" QUE TERMINAN POR CREAR PRESION TANTO EN LO GUBERNAMENTAL COMO EN LO ECONOMICO, LO CULTURAL Y LO MILITAR.

Pero aun cuando el origen de nuestro problema político se encuentre fuera de nuestras fronteras geográficas, la solución ha de hallarse en el interior de nuestros países, dentro del marco de ciertas y determinadas condiciones.

EL PROBLEMA POLÍTICO DE AMÉRICA LATINA

Partiendo de las distintas apreciaciones que se suelen hacer de los problemas latinoamericanos, es preciso delimitar el verdadero carácter de las dificultades con que se enfrenta el continente, problemas que en su esencia son similares y obedecen a las mismas causas en todos los países.

Sólo la apreciación correcta de esas dificultades, desde una perspectiva global, permitirá elaborar proyectos de solución a nuestros problemas e iniciar el camino de las realizaciones concretas, de manera que asumamos la tarea que corresponde a nuestra generación de latinoamericanos.

Se ha teorizado mucho acerca de los problemas que enfrentan los países del continente y esto ha dificultado la visibilidad política; esta excesiva teorización constituye un verdadero obstáculo para la interpretación y, en consecuencia, para la acción política dirigida a las verdaderas soluciones.

Es un hecho que en la punta de la madeja se localiza un problema de interpretación y, así planteadas las cosas, es cierto que una interpretación dudosa no permite ponerse en marcha o que una interpretación equivocada puede conducir la marcha hacia horizontes errados y hace absolutamente ineficaz el esfuerzo realizado.

1. DELIMITACIÓN DEL PROBLEMA

Los distintos esfuerzos interpretativos han pasado, de una u otra manera, por la afirmación de que un problema de base económica —el subdesarrollo— obstruye las posibilidades de “despegue”, o que una situación de permanente inestabilidad institucional producida por continuos golpes de Estado no permite el desarrollo de planes de gobierno a largo plazo, o, finalmente, que todo se reduce a un problema de contornos culturales en general, definido en la famosa antinomia “civilización o barbarie”, o ideológicos en particular, que transitan por los polos de la disyuntiva contemporánea “comunismo o capitalismo”.

En definitiva, cada interpretación acentúa algún aspecto especial de nuestras comunidades.

Nuestra interpretación de la situación latinoamericana pasa por considerar el problema principal como de carácter “político”, apreciación ampliamente inclusiva que comprende los aspectos comunitarios de gobierno, economía, cultura y seguridad y evita los monismos interpretativos que conducen siempre a una apreciación parcial de los fenómenos.

La situación que nos compromete, por afectar a todos y cada uno de los sectores en que la comunidad se divide, se traduce en un problema integral que ha de ser calificado de “político” en su más pura acepción, porque comprende todos los aspectos de la vida comunitaria, de la polis, de los estados nacionales modernos. Ha de ser, en última instancia, calificado de “político” porque “lo político” está conectado directamente con las formas orgánicas que se da el hombre en sociedad para sobrevivir y para ir definiendo formas civilizadoras cada vez más perfectas.

En nuestros sistemas, cada uno de los sectores —económico, cultural, administrativo y de seguridad— que desempeñan dentro de las comunidades una función determinada dirigida a la satisfacción o cobertura de las necesidades básicas del hombre, no cumple esa función que les es propia. En último análisis, las instituciones en que cada sector deriva —industriales, comerciales, financieras, universitarias, partidarias, militares, etc.— no llenan de manera adecuada el rol que deben desempeñar en el marco comunitario.

Es posible entonces afirmar, de una manera general, que cuando en una comunidad las instituciones que con su acción deben llenar los requerimientos de un pueblo no funcionan adecuadamente, todo el proceso político se resiente y deriva en una situación de inestabilidad que hace a un sistema altamente vulnerable desde dentro y desde fuera.

La inorganicidad como equivalente del subdesarrollo

No hay duda de que “los más graves problemas que se presentan actualmente emanan de la inorganicidad, especialmente funcional, en que se encuentran muchos países llamados genéricamente subdesarrollados. . .” y América Latina está comprendida dentro de esta regla.

Todo agrupamiento humano, a lo largo de la historia, ha tendido siempre a darse un determinado grado de organización que le permita cubrir a satisfacción las necesidades materiales, espirituales y de seguridad de sus miembros. Donde esa “cooperación planificada de hombres e instituciones”, que es la organización, no se realiza adecuadamente, el resultado final será necesariamente una comunidad insatisfecha, no realizada y sin capacidad de presencia en el ámbito internacional.

El calificativo de subdesarrollados que reciben nuestros países, en nuestro criterio no designa otra cosa que ese grado de inorganicidad funcional que los aqueja y que les impide de manera absoluta un aprovechamiento pleno del esfuerzo humano conjunto.

En definitiva, las instituciones de nuestros sistemas no se desempeñan, por una circunstancia de debilidad frente al impacto del factor externo, con la eficacia necesaria como para generar seguridad y bienestar para los pueblos, bienestar que por otra parte, a causa de una cuestión cultural, no está definido aún conforme con nuestras reglas de vida y a nuestra idiosincrasia.

El funcionamiento de algunas instituciones

Si observamos al azar algunas de las instituciones de nuestros sistemas políticos, podremos ver que funcionan insuficientemente o desvirtúan totalmente la función que cada una debe llenar.

En el sector administrativo, donde actúan los partidos políticos que tienen por definición el objetivo de preparar las élites que conducirán las naciones y llevar esas élites a las estructuras gubernamentales, sería como para considerar cuidadosamente si estas instituciones cumplen adecuadamente su cometido o si, a causa de su conformación ideológica transnacional, muchas de ellas introducen un factor desequilibrante o disociador frente a agrupamientos partidarios de inspiración netamente nacional.

En el sector cultural, las universidades, que deberían servir de laboratorios —en ciencias sociales— desde donde emanen propuestas orgánicas y lineamientos teóricos de apoyo a los proyectos nacionales, operan como verdaderos “bancos de prueba” de ideologías extranjeras y obran en su parte más dinámica —los estudiantes— como meros grupos agitativos.

En el sector económico, cualquiera de sus instituciones —industriales, comerciales, financieras—, cuando juegan libremente los sectores transnacionales frente a los nacionales, están sometidas a una competencia ruinosa que desarticula, en los países industriales del continente, todo un aparato productivo originado de manera natural y espontánea con base en el trabajo nacional, y que impide en los de industrialización incipiente abordar cualquier iniciativa exitosa al respecto.

En este mismo sector, los agrupamientos sindicales, cuando no están “nacionalizados”, reciben los lineamientos de acción internacional que fomentan a nivel interno enfrentamientos con los sectores patronales, lo que desvirtúa totalmente su función de apoyo a la producción y resintiéndolo, obviamente, sus posibilidades de incorporación al proceso de decisión nacional.

En el sector seguridad, las fuerzas armadas, desbordando sus funciones específicas, ingresan en áreas de acción comunitaria —funciones gubernativas— que por definición no les corresponden, “congelando” la política y produciendo también, en la mayoría de los casos, serios enfrentamientos sociales sintetizados en la antinomia “pueblo o fuerzas armadas” planteada en instancias concretas de nuestra historia.

Las causas de la inorganicidad

Ahora bien, ¿a qué se debe ese mal funcionamiento en las instituciones de nuestros estados?

En la localización de los motivos preferimos poner el acento en el factor externo, acogiéndonos a la tesis de Jacques Pirenne, quien expresa que “cualquier grupo humano colocado ante determinadas situaciones evoluciona de un modo parecido siempre que no se lo impidan motivos exteriores”.

El factor externo incide en la forma de relaciones desequilibradas a partir de la cual es mayor el flujo de influencias que recibimos desde el exterior que el que nosotros podemos proyectar hacia allí. A esta situación damos en llamarla “dependencia” y presiona tanto en lo gubernamental como en lo económico, lo cultural y lo militar, e impide el desarrollo y funcionamiento adecuados de cada sector.

No obstante, lo simple del razonamiento de que el subdesarrollo se origina en la dependencia, es preciso determinar que el subdesarrollo también propicia la dependencia. De tal manera que, en dirección a soluciones concretas, nos encontraríamos en una especie de círculo vicioso a partir del cual nuestra inorganicidad es efecto del desequilibrio de influencias recíprocas, pero también es causa de ese desequilibrio. En definitiva, la ausencia del poder que la organización genera, nos impide llevar las cosas a un plano de equilibrio frente al factor externo.

2. POSIBLE SOLUCION AL PROBLEMA

En principio sostenemos que, si bien el origen de nuestro problema político se encuentra fuera de nuestras fronteras geográficas, la solución se halla en el interior de nuestros países, naturalmente en el marco de ciertas y determinadas condiciones.

Es un hecho que la proyección exterior de las potencias hegemónicas es articulada con base en planes de trabajo perfectamente equilibrados. En ese sentido es necesario recalcar —a efectos de poner de manifiesto su margen de racionalidad— que la política no es en toda su extensión terreno de los efectos espontáneos, sino, y principalmente, terreno de los fines, es decir, de los efectos de la voluntad calculados de antemano.

De tal manera que, entonces, una actitud de reacción frente al reto de la historia, un ensayo de respuesta a la acción de los factores de poder internacional, ha de basarse también en planes de contornos amplios y perfectamente definidos.

Si el problema de América Latina es político, o sea integral, la respuesta ha de ser también integral. Es imposible solucionar un problema integral con medidas parciales. Al problema político no le puede caber una solución económica únicamente. Tampoco un problema integral se arregla con un "retorno a la institucionalidad" que puede ser más o menos efímero según el grado de formalidad que él encierre.

Si el problema de América Latina es político, es decir, orgánico e integral, la solución ha de darse también en ese terreno.

Para contrarrestar el impacto del factor externo, que en nuestra realidad se presenta como decisivo, y llevar las relaciones a un nivel de equilibrio que permita un margen adecuado de maniobrabilidad, hay que desarrollar poder. Para desarrollar poder hay que lograr un adecuado grado de organización. Para organizarse hay que tener un pueblo de acuerdo y coincidente en torno de objetivos comunes. Para tener un pueblo de acuerdo ha de realizarse una tarea de esclarecimiento en torno de los verdaderos problemas de tal manera que se facilite la acción convergente.

De modo, pues, que el inicio de la tarea está en una enérgica acción doctrinaria —"adoctrinar es organizar"— que permita reagrupar la opinión pública en torno de los verdaderos objetivos, y evitar de esa manera el disenso inútil e intrascendente. La diversidad ideológica —que no es lo mismo que concurrencia plural— no es saludable para nuestros sistemas políticos porque básicamente pone de manifiesto la realidad de un contexto internacional desfavorable. Una comunidad dividida ideológicamente se traduce automáticamente en una comunidad desarticulada.

La interpretación pareja de la realidad otorga el consenso generalizado para la acción política eficaz y adecuada. En un clima de consenso general las instituciones seguramente encuentran amplias posibilidades de cumplir sus funciones de manera adecuada, y llenan así las necesidades o requerimientos del hombre en sociedad.

La solución interna y las condiciones externas

Ahora bien, es indudable que los proyectos de soluciones que se den a nivel interno no podrían llevarse a la práctica de no contar con una coyuntura internacional favorable.

Una coyuntura internacional introdujo a América Latina en un esquema de dominación neocolonial. Otra coyuntura la sacará de él a cambio de que los dirigentes políticos perciban con claridad la situación mundial y aprovechen el grado de permisibilidad que se derive del enfrentamiento entre las potencias hegemónicas.

En definitiva, el proceso de organización deberá ir acompañado de un alto grado de cultura política en nuestros pueblos y la coyuntura histórica deberá ser aprovechada con criterio práctico y por nuestros dirigentes. No se tratará de colaborar con una potencia emergente para contribuir a la caída de una potencia "cesante", porque pudiera ocurrir que posteriormente se quedara sujeto a los condicionamientos

que impusiera la nueva potencia dominante, y se hiciera realidad el fatalismo político encerrado en la famosa sentencia de que "quienes olvidan su historia corren el riesgo de volver a vivirla".

La coyuntura internacional deberá inducir el camino hacia una tarea orgánica acelerada, que en el devenir de sus distintas etapas reconoce la prioridad del adoctrinamiento antes de llegar al terreno de las concreciones institucionales.

2

La política y el pensamiento político en el mundo actual se caracterizan por una profunda crisis de valores. Esta crisis se manifiesta en la pérdida de la noción de "bien" y "mal", en la ausencia de principios éticos que guíen la conducta humana. En consecuencia, el individuo se encuentra en un estado de confusión y desorientación, incapaz de tomar decisiones responsables. Este estado de cosas exige una urgente reflexión filosófica que permita recuperar la dignidad humana y establecer una base sólida para la convivencia social.

En la actualidad, la crisis de valores se manifiesta en la pérdida de la noción de "bien" y "mal", en la ausencia de principios éticos que guíen la conducta humana. En consecuencia, el individuo se encuentra en un estado de confusión y desorientación, incapaz de tomar decisiones responsables. Este estado de cosas exige una urgente reflexión filosófica que permita recuperar la dignidad humana y establecer una base sólida para la convivencia social.

En consecuencia, el individuo se encuentra en un estado de confusión y desorientación, incapaz de tomar decisiones responsables. Este estado de cosas exige una urgente reflexión filosófica que permita recuperar la dignidad humana y establecer una base sólida para la convivencia social.

B. POSIBLE SOLUCION AL PROBLEMA

A

La solución al problema de la crisis de valores requiere una profunda reflexión filosófica que permita recuperar la dignidad humana y establecer una base sólida para la convivencia social. Esto implica una revisión crítica de los valores predominantes en la cultura occidental y la búsqueda de alternativas que permitan superar la crisis actual. La educación juega un papel fundamental en este proceso, ya que es a través de ella que se pueden inculcar los valores necesarios para una vida plena y responsable.